

Camila Sánchez Bolaño

Peregrinar para sobrevivir

Indios nativos americanos han unido lanzas con la comunidad wixarika: para alertar sobre la explotación de recursos estratégicos en sus zonas sagradas, que atenta contra el patrimonio natural y cultural.

Enrique López carga en las manos el bastón tradicional. Por cinco años ha recaído en él la responsabilidad de guiar a los peregrinos. Este es el segundo año en que es el capitán tradicional de la peregrinación que cada marzo realiza la comunidad wixarika (erróneamente conocida como huichola) de San Andrés Cohamiata, Jalisco, para visitar y rendir ofrenda a sus lugares sagrados.

Su trabajo suena más sencillo de lo que en realidad es: que todos lleguen a salvo y a tiempo a los cuatro lugares sagrados que este año se visitarán, y de vuelta a sus hogares en los Altos de Jalisco; que cuando los peregrinos caminen lo hagan como los lobos, al ritmo del más lento e impidiendo que alguien se quede atrás; que todas las ofrendas se dejen de la manera correcta para que puedan ser aceptadas por los espíritus y que, así, continúe la vida en el planeta Tierra.

Para los wixaritari, la peregrinación es la celebración más importante del año: supone el inicio de un ciclo de ofrendas y sacrificios que marcarán el devenir de los meses siguientes, además de dar inicio al calendario de siembra y cosecha de sus tierras. Con la caminata arranca un nuevo año y se les presenta la oportunidad de visualizar lo que el futuro depara a su comunidad.

«Yo no sé cuándo se inventó la flecha, la jícara o todo lo que forma nuestra simbología, pero aun así respetamos cada cosa, cada jerarquía, y hoy así nos coordinamos», dice Enrique poco tiempo después de dejar sus ofrendas en Mukuyuabi (San Luis Potosí), el lugar sagrado que ahora se encuentra en medio de comunidades de indígenas tepehuanos.

(...)

El pueblo wixarika ha practicado el acto sagrado del peregrinaje tradicional desde hace 2,500 años. Sin embargo, desde hace al menos 15, la peregrinación de los wixaritari hacia sus lugares sagrados dura solo tres semanas. Antes de que los caminos estuvieran invadidos por criminales, antes incluso de los automóviles y de las prisas que trae la modernidad, los wixaritari se tomaban más de dos meses para entregar sus ofrendas. Caminaban desde la lejanía de sus comunidades, en Jalisco, hasta lugares enclavados en la sierra de Durango o en las playas de Nayarit. También lo hacían al desierto de Wirikuta, en San Luis Potosí, una reserva cultural y natural de 140,212 hectáreas de extensión, en donde recolectaban el peyote (hikuri) que utilizarían durante todo el año y caminaban con las canastas llenas de regreso a casa.

Ahora visitan los mismos lugares. El esfuerzo sigue siendo enorme, aunque ha pasado de ser físico a económico, pues gastan alrededor de 20,000 pesos por peregrino entre transporte, ofrendas y alimentos. Tal vez lo único que ha cambiado realmente dentro de los rituales que acompañan este peregrinaje es el medio de transporte, que ahora es motorizado y permite, a todos menos al conductor designado, momentos de sueño que en años pasados hubieran retrasado la caminata.

Siempre comienza en el Calihuey, el centro ceremonial del pueblo de San Andrés Cohamiata, Tatei Kie, en la sierra de Jalisco. Ahí se reúnen todos los marakames que tienen un cargo tradicional, pues son ellos quienes deben ir a entregar las ofrendas. Cada año se intercalan los lugares sagrados: un año, al desierto de Wirikuta, la casa del venado azul, y el Cerro del Quemado, el lugar donde al inicio de los tiempos se postró el sol dejando su marca, en Real de Catorce, San Luis Potosí. Y otro año a Cerro Gordo, en donde el dios Nakawé pisó tierra por primera vez después del gran diluvio (puede ser coincidencia o un sincretismo), en Durango; Haramara, el lugar sagrado del mar, en San Blas, Nayarit y Chapala, la isla del alacrán y el lago más grande de América, en el estado de Jalisco.

(...)

[E]l gobierno mexicano ha vendido las tierras alrededor del desierto de Wirikuta a tomateras (según la Secretaría de Desarrollo Agropecuario y Recursos Hidráulicos, San Luis Potosí ocupa el segundo lugar a escala nacional en producción de tomate) y mineras que redirigen el agua a sus terrenos y dejan que la vida de ese desierto muera

deshidratada. En 1999, la UNESCO admitió la importancia del desierto de Wirikuta y lo reconoció como uno de los 14 sitios sagrados naturales del mundo. Dos años más tarde, el gobierno estatal de San Luis Potosí registró legalmente este sitio como un «sitio sagrado natural».

Todo el conflicto con las tierras de este vasto desierto y con la cultura wixarika comenzó en 2009, cuando el gobierno federal otorgó 35 concesiones mineras a la empresa First Majestic Silver Corp para la extracción de plata en una superficie de aproximadamente 6,400 hectáreas de este territorio sagrado. A raíz de esto surgió, en 2010, el Frente en Defensa de Wirikuta, el cual fungió de interlocutor entre el Estado y este pueblo originario. Este Frente organizó el festival con causa social Wirikuta Fest 2012 en el Foro Sol, en el que tocaron Caifanes, Café Tacvba, Bunbury Calle 13 y Julieta Venegas, y lograron frenar los intentos de la minera canadiense de acaparar el territorio sagrado.

Hoy en día aún existen cuatro megaproyectos mineros con intenciones de asentarse en Wirikuta, y aunque se encuentran suspendidos no han sido cancelados y la posibilidad de que se reactiven amenaza constantemente al pueblo wixarika. Sobre todo, con la reforma al artículo 27 constitucional que ahora establece que el Estado puede otorgar concesiones a empresas privadas extranjeras para la explotación de recursos estratégicos, como lo son los hidrocarburos y los minerales. Dando así más importancia al valor económico de las tierras que al patrimonial.

Ante este poder económico difícil de superar de las compañías mineras, los wixaritari no han sido tomados en cuenta y el derecho sobre su patrimonio se ha visto violado por completo.

Posiblemente el gobierno mexicano no esté siquiera enterado del terrible daño que haría a este pueblo originario si por su avaricia muriera para siempre el peyote. Tal vez no sepa que con él moriría también toda la cultura wixaritari. Sin peyote no hay visiones, no hay peregrinaje ni ofrendas. Sin la planta sagrada no existen las artesanías y pulseras que son la fuente de ingreso número uno de las familias de origen wixaritari. La desaparición de Wirikuta implica un etnocidio, la desaparición del pueblo wixarika como tal. Además de que ese desierto es único en el mundo, pues alberga especies endémicas de flora y fauna.

(...)

Los miembros del pueblo wixarika viven en situación de extrema pobreza en los altos de Jalisco. Las casas de piedra en las que habitan no cuentan con suelos de cemento, baños, camas ni ventanas. Los caminos para llegar a las comunidades están completamente descuidados y en temporada de lluvias, transitarlos representa retos que le han robado la vida a más de uno. Sin embargo, cuando rezan no lo hacen por su propio beneficio económico o por su salud física, ni siquiera por el de sus familiares. Como comunidad, los wixaritari recorren distintos puntos del país con la única finalidad de dejar sus ofrendas, de agradecer a la tierra por todo lo que les ha dado y de pedir por que la vida en este planeta pueda continuar.

«El wixa nació para sufrir», dice Enrique mientras camina con sus ofrendas en una mano, y en la otra, el mango que comerá para romper el ayuno al llegar a la cima. Sus huaraches desgastados no impiden que una astilla penetre la suela y alcance la planta de su pie.

Ellos rezan por lo que nosotros estamos destruyendo.

Źródło: Camila Sánchez Bolaño, „Peregrinar para sobrevivir”, *Newsweek México*, 9.06.2019, str. 10-13.